

ROGELIO ARENAS MONREAL. *Alfonso Reyes y los hados de febrero*. México: Universidad Nacional Autónoma de México/Universidad Autónoma de Baja California, 2004.

El libro del profesor Rogelio Arenas Monreal aborda uno de los temas fundamentales de la vida y la obra de Alfonso Reyes: la muerte violenta del general Bernardo Reyes, padre del escritor mexicano, acaecida en 1913. El propio Alfonso Reyes señaló en varias ocasiones la máxima importancia que confería a este acontecimiento entre todos cuantos caracterizan su trayectoria vital. “Aquí morí yo y volví a nacer —afirmó Reyes—, y el que quiera saber quién soy que lo pregunte a los hados de Febrero. Todo lo que salga de mí, en bien o en mal, será imputable a ese amargo día”. La crítica literaria especializada en nuestro autor ha hecho suya esta indicación durante varios años. Por lo tanto, estamos ante uno de los lugares clásicos de los estudios alfonsinos.

En la mañana del 13 de febrero de 1913, frente a la Puerta Mariana de Palacio Nacional, sede del gobierno mexicano, el general Bernardo Reyes cayó abatido por la metralla de quienes defendían ese recinto en contra de un alzamiento desconcertado y con muy escasas probabilidades de triunfo. Con ello, la vida de uno de los personajes más notables del régimen de Porfirio Díaz se vio interrumpida y se desencadenó el término desastroso del mandato del presidente Francisco I. Madero. Inmediatamente, ocurrió la fase más violenta del vendaval revolucionario que terminaría por borrar del panorama toda una edad histórica de la política y la cultura mexicanas. Precisamente la edad que había cobijado el nacimiento de Reyes y de sus contemporáneos a la vida pública. Por lo tanto, se entenderá la gran importancia que la muerte de quien en otro tiempo hubiera podido desempeñar el papel protagónico de una transición pacífica y pactada en México hacia la normalidad de las instituciones republicanas reviste para la historia política de este país. Unos cuantos meses después del deceso, Alfonso Reyes se vio obligado a abandonar su patria. Entonces comenzó la jornada definitiva de uno de los escritores más significativos de Hispanoamérica en el siglo xx. Reyes, privado de los privilegios de su apellido, tendría que fraguarse un destino de hombre y de escritor, tarea de orden moral y simbólico a un mismo tiempo que desahogó brillante-

mente a lo largo de toda su vida. Aquí es donde los hados de febrero desempeñan un papel singular no sólo por el testimonio biográfico e histórico al cual abren camino en las páginas de Reyes, sino también por las elaboraciones simbólicas a que dan pie allí mismo.

En el predio de la historia literaria, es de sobra conocido el peso que este acontecimiento bélico y parental cobró en la obra, la integridad afectiva y la vida pública de Alfonso Reyes. Todo cuanto queramos inquirir al escritor sobre los motivos más profundos de su existencia y de sus libros se remite a aquel febrero infausto. Así lo entendió quien, por algunos instantes, se sintió despojado de un reino que le estaba deparado, y quien, también, conjuró los sufrimientos aparejados a la muerte del padre gracias a la literatura. Así lo comprendieron quienes han intervenido en la consideración de este lugar privilegiado de la crítica alfonsina. Ahora, Rogelio Arenas Monreal viene a sumarse a esta empresa colectiva convirtiendo el acontecimiento dominante de la vida de Reyes en el tema central de su libro *Alfonso Reyes y los hados de febrero*. Esta investigación se convertirá en una referencia necesaria en los estudios alfonsinos, no sólo en virtud de la importancia intrínseca a la materia sino también gracias a la índole de la perspectiva crítica desarrollada por el investigador en sus páginas. A este punto quiero dedicar el resto de estas líneas.

El profesor Rogelio Arenas Monreal se ha ceñido metodológicamente al examen de los recursos expresivos y los mecanismos de producción de sentido puestos en juego por Alfonso Reyes a propósito de la muerte del general Bernardo Reyes y las consecuencias que ésta acarreó a su familia y a la historia de México en los albores de la Revolución. Arenas Monreal se propuso encuadrar su discurso en el campo disciplinario de los estudios literarios con la firme voluntad de no permitirse desvíos hacia el terreno de los historiadores y de los biógrafos, donde tantas contribuciones significativas se han llevado a cabo sobre la materia a la cual nos referimos. En consecuencia, el trabajo de nuestro estudioso se ha beneficiado de una aguda conciencia en la determinación de los instrumentos críticos y el universo conceptual de los cuales se ha servido para leer los textos literarios y explicar los movimientos que en ellos se operan textualizando un acontecimiento de tal prestigio en la vida de Alfonso Reyes.

En efecto, Rogelio Arenas Monreal ha sido muy cuidadoso a la hora de determinar la naturaleza de sus procedimientos críticos. Con ser tan notables las consecuencias que los hechos de febrero de 1913 han tenido para la historia política de México, el investigador se concentró en el estudio sistemático de las huellas que la muerte del general Bernardo Reyes dejó impresas en la obra literaria de su hijo Alfonso. El centro de la atención radica en los medios y el modo de la representación literaria de la realidad utilizados por Reyes en

textos especialmente referidos a la muerte de su padre. Así, *Alfonso Reyes y los hados de febrero* tiene como materia de análisis los textos en los cuales Reyes urdió la imagen de su padre y las secuelas que el fallecimiento de éste le deparó por muchos años; textos que le permitieron al escritor descargar sus emociones, purgar sus padecimientos y reducir el caos de la orfandad al orden de un relato inteligible para los suyos que suavizara el trance de su reincorporación al destino histórico de los mexicanos en el siglo xx. Porque todo esto entra en juego en la destilación laboriosa que la literatura operó en la vida de Alfonso Reyes: homenaje filial a la tremenda estatura del guerrero, memoria de la cortesía del patriarca, oración fúnebre, evocación nostálgica, alegato político y discusión histórica, metáfora propiciatoria del dolor universal común a todos los hombres entendido como aduana del conocimiento de sí mismos, y, en fin, motivo de la autoconstrucción y rostro vicario hecho de palabras. A este respecto, nos sale al paso el problema autobiográfico. Detengámonos aquí un momento.

La perspectiva metodológica desde la cual Arenas Monreal llevó a cabo su estudio se alimenta de algunas discusiones recientes acerca de la identidad genérica del discurso autobiográfico y sus mecanismos de producción de sentido. Nada más natural en una investigación centrada en el análisis de textos como “Villa de Unión”, *Parentalia*, *Albores*, *Ifigenia cruel* y la *Oración del 9 de febrero*, referidos en primera instancia a la experiencia de Reyes y, sobre todo, articulados con base en estrategias de enunciación calificadas tradicional y empíricamente como autobiográficas. Al ser consecuente con su perspectiva disciplinaria, el estudioso desplaza el problema autobiográfico del dominio de los datos empíricos hacia el de los mecanismos de la abstracción verbal. Para ello se vale de nociones como ésta: “la autobiografía no depende de los sucesos sino de la *articulación* de esos sucesos, almacenados en la memoria y reproducidos mediante el recuerdo y su verbalización” (Sylvia Molloy); o bien, esta otra: “la prosopopeya es el tropo de la autobiografía” (Paul de Man). Rogelio Arenas Monreal declara que su atención crítica se orienta hacia los *elementos de escritura autobiográfica* —para repetir en sus términos la formulación del investigador— detectables en los textos de Reyes; elementos gracias a los cuales el escritor regiomontano, por una parte, elaboró con intención prosopopeica la imagen de su padre, “máscara textual y autoconfiguración”, y, por otra, vació las consecuencias que la desaparición intempestiva del Atlas sobre el cual reposaba el orden de la familia Reyes acarreó a la existencia del hijo en un modelo verbal sancionado por la tradición clásica: la tragedia. La explicación del texto de *Ifigenia cruel*, desarrollada en el capítulo segundo del libro que nos ocupa, merece un elogio particular.

Rogelio Arenas Monreal ha redactado páginas brillantes con el propósito de dilucidar las complejas consecuencias emotivas de la elaboración que Re-

yes hizo del tema del exilio en *Ifigenia cruel*; consecuencias que implican no sólo la postulación alfonsina del carácter de la virgen viril, dueña de su destino en contra de la tradición textual, sino también el orden moral y cosmogónico ya inscrito en la tragedia como realidad verbal nacida y alimentada por la mente griega. A continuación, cito al investigador: “Alfonso Reyes toma de la tragedia griega el marco de dolor cosmogónico universal, para insertar su propio drama personal producido por la muerte de su padre [...]” (221-222). En otro lugar del libro, leemos: “[...] con los recursos propios de la tragedia y la poesía, [Reyes] abrió un espacio en su escritura para situarse en lo más profundo de ese marco de significación universal, solidario y humano; de consuelo y liberación” (p 249). El profesor Arenas Monreal ha hecho una contribución notable al estudio de las inclinaciones de Reyes ante la cultura literaria de la antigua Grecia, indicando no sólo su presencia tópica en el patrimonio cultural del polígrafo, sino demostrando cómo algunos rasgos pragmático-estructurales del sistema griego de los géneros literarios, dominado por la tragedia, articulan el propio sistema de géneros y prácticas literarios personal de Reyes.

Para concluir, quiero expresar que es de agradecerse el orden disciplinario observado por el profesor Arenas Monreal en su libro ya que lo ha preservado de disolver sus observaciones en las aguas de la historia política y de la biografía, y lo ha llevado a extremar la atención dispensada a la *materialidad verbal discursiva* de los textos en los cuales se opera la construcción literaria de la figura del padre, espejo verbal del hijo adolorido. No soy enemigo ni de historiadores ni de biógrafos, pero soy partidario de un claro deslinde de perspectivas teóricas que resultará de provecho a todos quienes nos interesamos en la historia cultural e intelectual. En virtud del empeño teórico de Arenas Monreal, en el futuro se facilitará un tanto la tarea de quienes vuelvan sobre esta clase de problemas con el propósito —como lo sugiere el propio Arenas Monreal— de emprender la biografía literaria de Alfonso Reyes, o de examinar —decimos nosotros— las arduas negociaciones simbólicas que nuestro escritor llevó a cabo con el propósito de convalecer políticamente de la herida abierta por el deceso del general Bernardo Reyes y construirse una identidad pública como intelectual en el México de la primera mitad del siglo xx.

LEONARDO MARTÍNEZ CARRIZALES
Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco